Martha, nació en México a fines de la década de 1980. Decidió compartir solo su primer nombre para esta entrevista. Sus padres llegaron a los EE. UU. a principios de los 90 desde la Ciudad de México, con la esperanza de arreglar una vida mejor y más oportunidades para su familia. Dejaron a sus hijos al cuidado temporal de su abuela mientras completaban los arreglos para que ella y los niños se reunieran con ellos en California. Martha tenía 6 o 7 años cuando vino con su abuela y sus hermanos para reunirse con sus padres. Tuvo tres hijos en California antes de mudarse a Nevada como adulta y trabajaba sin documentación en las industrias de restaurantes y servicios. En el momento de la entrevista tenía treinta y tantos años y permanecía indocumentada.

Martha explica que tiene pocos recuerdos de su vida en México. Ella recuerda comidas y prácticas religiosas, especialmente en Navidad, tradiciones que su familia continuó practicando después de mudarse a los Estados Unidos. Ella comparte que asistió a la escuela en California y, porque era muy joven cuando llegó, adquirió fluidez en el nuevo idioma con relativa facilidad. Como joven adulta en California, Martha tuvo tres hijas. Ella explica que debido a que su pareja se volvió abusiva y porque tenía familia en Nevada, se mudó con sus hijas a Reno, donde pudo trabajar en el restaurante de su tía y, con la ayuda de varios miembros de la familia, pudo recuperarse.

Martha observa que las personas indocumentadas en su mayoría están empleadas en trabajos mal pagados, por causa de su necesidad de mantenerse ocultos de los sistemas que entran en juego con los beneficios que generalmente acompañan a los trabajos mejor pagados, como el seguro de salud, por ejemplo. Ella explica que aunque siente que ella ha sido afortunada en el trato que le dieron los empleadores, ha visto muchos casos en los que otros residentes indocumentados no han sido tratados tan bien. Explica cómo ha sufrido la constante sensación de vivir “en un lugar oscuro” por causa de su necesidad de evitar llamar la atención oficial sobre sí misma; y sufre también el estrés implacable y el temor opresivo del descubrimiento y la deportación. También explica que separarse de sus hijas o tener que sacarlas del único hogar que han tenido y llevarlas a un país que nunca pisaron es su mayor temor y del que nunca se librará. Ella relata la dificultad de no ser elegible para ninguna asistencia con los gastos de salud de sus hijos ciudadanos (porque su umbral de ingresos apenas supera los requisitos). Ella comparte que cuando tuvo que someterse a una cirugía en una ocasión y estuvo sin trabajo durante la recuperación, tuvo que depender de la ayuda de su familia. Luego, después de la recuperación, tuvo que trabajar en dos trabajos para mantener un hogar y cuidar a sus hijas y, en consecuencia, tuvo mucho menos tiempo que sería óptimo para dedicarse a la crianza de los hijos. Ella explica que, sin embargo, está agradecida de que sus hijos estén prosperando; su hija mayor quiere ser pediatra y tiene las calificaciones para lograr su objetivo y atraer becas para llegar allí.

Martha comparte que su sueño es continuar su educación y hacer una contribución a su país de adopción ayudando a otras mujeres atrapadas en su mismo dilema de ser madres solteras que trabajan en trabajos mal pagados. Su único mensaje para los legisladores y los encargados de formular políticas sería que, si las personas indocumentadas recibieran más apoyo oficial, podrían ponerse en condiciones de contribuir mucho más a la sociedad, para el beneficio final de todos nosotros.

Resumen hecho por Billie Lee Dunford-Jackson, Equipo de Justicia de las Zonas Fronterizas de la UUFNN

Traducción del resumen hecho por Jennifer Cullison, Directora del Proyecto RUIOH